

# EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 20 de Abril de 1879.

Núm. 16.

## SUMARIO.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS DE LA ANTIGUEDAD, por *E. Menechet*.—LA DECADENCIA DE NUESTRA ESCENA, por *D. Antonio Aguilar*.—Poesía. Á MERCEDES DE VELILLA, por la *Señorita Doña Concepcion de Estevarena*.—Novela: LA TORRE-CIEGA, leyenda tradicional por *D. F. Arroniz y Thómas*.—Mosárco por *Asdrúbal*.

## HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS

DE LA ANTIGUEDAD.

(Continuacion.)

IV.

Entre la civilizacion antigua y la civilizacion moderna, como una sombría noche entre dos dias de brillante luz, se ha colocado una época de tinieblas, de desórden y de anarquía social.

El mundo antiguo no existia más que en giros, en despojos, como uno de esos templos cuyas ruinas prueban todavia su esplendor antiguo, cuando nació un mundo nuevo que no recibió del primero ni sus leyes, ni sus costumbres, ni su religion, ni aun su lenguaje. Su infancia fué larga y penosa como lo habia sido, sin duda, la del mundo que habia perecido.

El genio humano, salido de las vías de la civilizacion, experimentaba, tal vez, más pena para entrar en este nuevo camino que esfuerzos habia hecho otras veces para penetrar en él. Parecia que Dios abandonaba al hombre á sus malas pasiones.

Una gran lucha se habia establecido entónces entre el cristianismo y el islamismo; lucha de exterminio que no se limitaba solamente á los hombres; las venganzas y los odios se extendian hasta

á los libros, hasta á los monumentos de las ciencias y artes que se destruian por el solo placer de destruir; porque entónces no se sabia hacer otra cosa. No se conquistaban los imperios sino para devastarlos, las ciudades para incendiarias, los pueblos para aniquilarlos.

Escuchemos lo que nos dice un historiador árabe de la ruina de la célebre biblioteca de Alejandria. Oigamos á Abulfaraj.

Cuando los mahometanos se hicieron dueños de Alejandria, Amrú, su general, encontró allí á Filipon, cuya conversacion le plugo, porque Amrú amaba las ciencias y Filipon era muy sabio.

Un dia le dijo este:

—Habeis visitado todos los monumentos públicos de Alejandria y habeis puesto un sello sobre todo lo que encierran. Nada me atrevo á decir sobre los objetos que os pueden ser útiles, pero entre los que no os pueden servir se encuentran algunos que me convendria mucho salvar.

—¿Cuáles son esos? preguntó Amrú.

—Los libros conservados en las bibliotecas públicas.

—Es una demanda sobre la cual nada puedo pronunciar, dijo Amrú, sin recibir ántes las órdenes de Omar, el jefe de los fieles.

Amrú escribió á Omar.

Hé aquí la respuesta del sectario de Mahoma:

—Si los libros de que me hablais contienen las doctrinas del Coran, son inútiles, porque el Coran contiene todo lo que es necesario saber; si le son contrarios, es preciso destruirlos; por consiguiente quemadlos.

La orden fué ejecutada.

Amrú remitió á los establecimientos de baños más de setenta mil manuscritos, archivos del espíritu humano; notables monumentos del antiguo genio de la Grecia, de Roma y de Asia; y durante seis meses sirvieron para calentar los baños donde venian á sumergirse con delicia los fanáticos adoradores del Coran.

¿Porqué una verdad necesita para ser reconocida, el aniquilamiento de todas las otras? ¿Porqué

